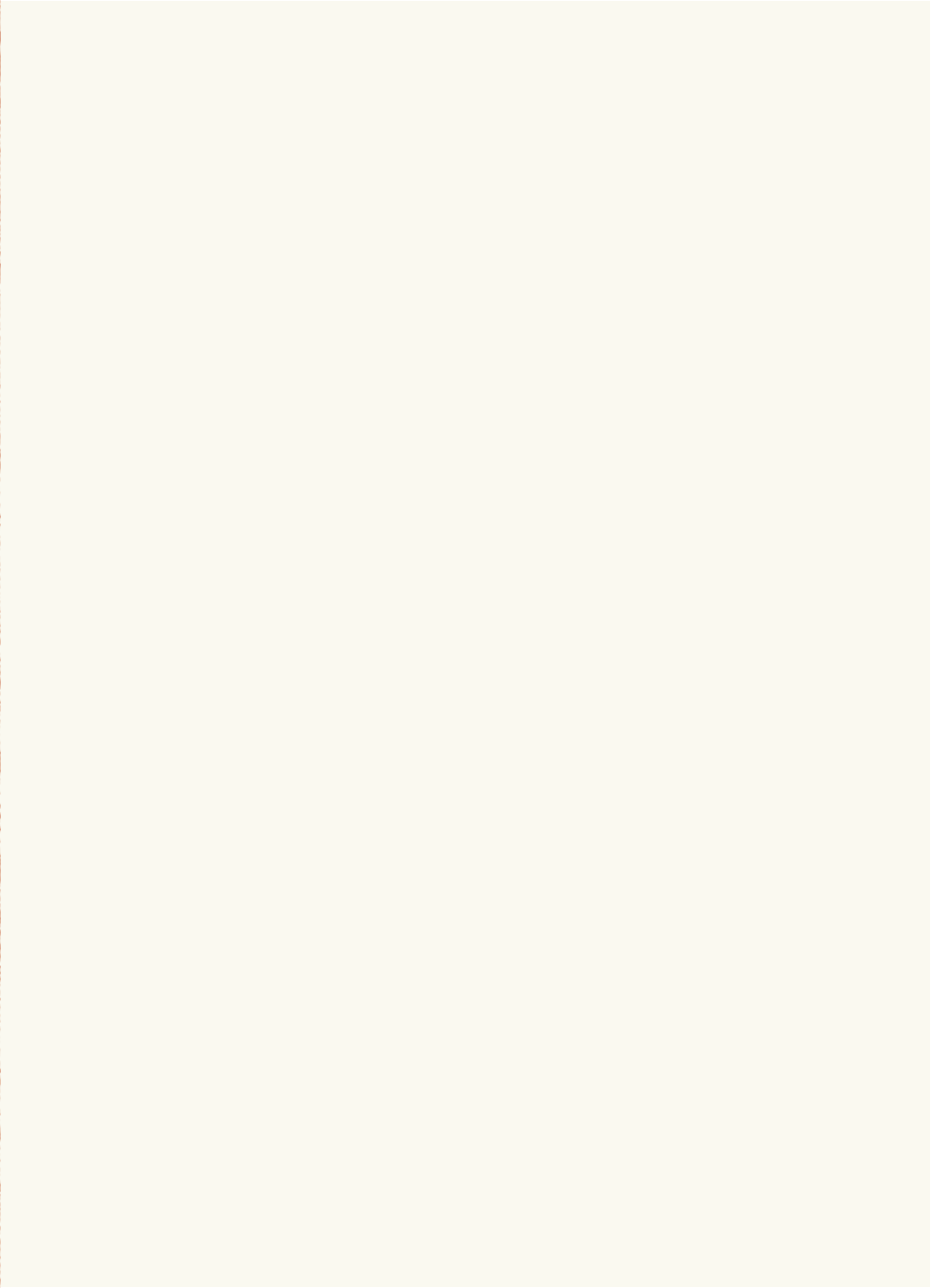


DEJAME QUE TE CUENTE

Marta Diez



DEJAME QUE TE CUENTE

Marta Diez



Marta Diez trabajó de bibliotecaria en la Biblioteca Argentina Juan Álvarez y fue estudiante de informática. Quería progresar y superarse. Y quería, también, encontrar un gran amor, formar una familia. No militaba en ninguna organización política, social, ni sindical. Se la llevó, junto a su novio, un grupo de tareas un domingo a la noche cuando volvían a una pensión en el Citroën rojo de su padre. De aquel auto su familia no supo nada más. De ella y su novio tampoco.

Si Marta hubiese llevado un diario íntimo, quizás hubiera escrito sobre Jorge. Abundarían entonces los detalles de cómo se conocieron aquel día en la biblioteca: si lo descubrió entre los libros mientras tomaba mates con sus compañeras, si él se acercó primero a hablarle con la excusa de una pregunta, si una amiga en común los presentó o cómo fue que sucedió aquel instante en el que una mirada encontró descanso en otra. Estarían descriptas las primeras salidas juntos y reflejadas las inquietudes que su hermana gemela, Graciela, tenía frente a esta relación.

Hojas antes, podría haber desahogado la enorme tristeza que le causó la enfermedad y posterior muerte de su mamá, cuando tenía 26 años. Tal vez, habría dedicado algunos renglones a escribir lo que pensaba del momento histórico que le tocaba vivir.

Pero no lo hizo. Marta no escribió ningún diario y aún hoy, 36 años después, la última página de su vida sigue siendo una incógnita.

—Nunca supe por qué la desaparecieron. Ella no militaba, en ningún lugar –dice Marta Rabinovich, compañera de secundaria de las gemelas Marta y Graciela.

Marta Rabinovich es profesora de Letras y vive en Alemania. Pudo irse, con una beca, en el 76. Fue compañera de las hermanas en la Escuela de la Asociación de Mujeres de Rosario, pero era, dice, más amiga de Marta que de Graciela.

—No podíamos creer lo que pasó. Yo la conocía muchísimo y ella no tenía ninguna filiación política –insiste la profesora.

Las amigas compartían, además del nombre, varios momentos de diversión. Al terminar la escuela, continuaron encontrándose para charlar, compartir cenas o ir a los bailes que se hacían en las facultades de Ingeniería o Filosofía. A veces, se juntaban a cantar y tocar la guitarra; otras, hacían viajes juntas.



Una vez, en el '73 o '74 o cerca, cuando «todavía no estaban los militares», dice Marta, volaron en un avión militar por curiosidad. Habían viajado a Tucumán y ya estaban por regresar cuando se les ocurrió salir a dar una vuelta. Era temprano todavía así que dejaron el equipaje en la estación y caminaron. Llegaron hasta el aeropuerto.

—Estos son los vuelos que traen soldados y también llevan gente gratis –les dijo alguien. Se sonrieron.

Marta, la gemela, voló tomando mates en la cabina del piloto, agarrada fuerte al respaldo del asiento y con náuseas a causa del movimiento del avión. Su amiga no sabe si sólo Marta llegó hasta la cabina o si ella también estuvo ahí, viendo la Argentina desde el cielo, tomando mates con un soldado y cambiando la yerba de vez en cuando, pero es que el recuerdo se le volvió agua.

Marta siempre había querido diferenciarse de Graciela; y Graciela, de Marta. Construir una identidad al lado de quien ha compartido hasta el saco materno no debe haber sido sencillo, y mucho menos, cuando todo el mundo confundía a una con otra.

Por eso, a los 8 años, se plantaron y ya no quisieron más que las vistieran iguales.

—Fue gracioso cómo nosotras, que siempre queríamos diferenciarnos, terminamos trabajando en el mismo lugar –cuenta su hermana Graciela.

Graciela acababa de recibirse de bibliotecaria y convenció a su hermana para que estudiase lo mismo porque, recuerda, era una carrera corta con buena salida laboral. Años antes, Marta había dejado de estudiar para dedicarse a cuidar a su mamá enferma y trabajar junto a su papá, en la peluquería que él mantenía.



Cursaron la carrera de Bibliotecología en lo que hoy es el ISET 18 y entraron las dos, por medio del mismo concurso, a la Biblioteca Argentina. Tiempo después, mientras trabajaba a la vez en la peluquería y en la Biblioteca, Marta empezó a estudiar informática por la noche. En aquel entonces, era una carrera de avanzada.

—Para mí eran las dos muy modernas, activas y coquetas. Marta no iba a ir a agarrar un chumbo a Tucumán, pero tampoco era una mina conservadora ni ajena a la realidad –recuerda su prima, Liliana Isaurralde.

Liliana es 14 años menor que las gemelas y, como desde chica vivió con ellas, siendo primas las sintió siempre como hermanas. Ella tenía el don de diferenciarlas perfectamente:

—Graciela era más independiente y autónoma. Marta, si bien también era autónoma, estaba más arraigada a los afectos de la familia.

Quizás por ello, Marta no renegó demasiado cuando su padre se opuso a que se fuera a vivir a Córdoba, donde tenía un viejo amor. Con aquel plan frustrado, Marta seguía, con 33 años, buscando un gran amor cuando conoció, en la Biblioteca Argentina, a Jorge Barrantes.

—Nunca supimos bien si él tenía algún tipo de militancia, yo creía que sí, porque venía de La Plata y era estudiante –cuenta Graciela. Una vez le pregunté a mi hermana si sabía qué hacía él en La Plata. Yo creía que venir de aquella ciudad era una especie de mal pasaporte que la podía comprometer en algo, pero no lo juzgaba. Éramos un poco cagnas, pero no estábamos ajenas a lo que pasaba.

Se enamoró de Jorge. A ella le faltaban tres materias para recibirse y estaba preparando su tesis sobre la informatización del material de la Biblioteca Argentina cuando los desaparecieron a los dos.



Marta era una persona que estaba –siempre– buscando algo. Un amor, una carrera, un trabajo que la apasionara, un hogar con flores en el jardín y humo saliendo por la chimenea. La misma búsqueda que quizás, hoy pueda tener cualquier persona de su misma edad. Y es que no hay, en esta historia, actos heroicos, obras pomposas ni declaraciones memorables. Marta era una chica de su época: efervescente, movilizada, expectante, moderna y con miedo. Tocaba la guitarra, escuchaba a Mercedes Sosa, Alfredo Zitarrosa, Daniel Viglietti, iba a algún recital de vez en cuando. Estudiaba, trabajaba y cuidaba de su mamá.

Tal vez, para el comando que la secuestró su único delito haya sido figurar en la agenda de algún militante o ser joven o estudiante o enamorarse de la persona incorrecta o acaso estar en el sitio equivocado a una hora también desafortunada. Quizás, solo la necesitaron para aceitar los engranajes de una maquinaria del horror que resultó exitosa y simplemente su delito haya sido ser una chica de su época.

Jorge Barrantes había huido de la ciudad de La Plata, donde estudiaba, después de que le allanaran la casa en 1975 o en 1976. Su hermano, Daniel Barrantes, no recuerda con precisión, pero sabe, eso sí, que «fue después de Monte Chingolo». El fallido asalto al depósito de armas, una de las grandes derrotas del Ejército Revolucionario del Pueblo, ocurrió en diciembre del 75.

Después, allanaron la casa de sus padres, en Venado Tuerto. Jorge pasó varios meses escondido, con ayuda de su familia, en campos de Argentina y Uruguay, hasta que se le ocurrió que podía ser una buena idea retomar sus estudios. Convenció a su padre y se vino a vivir a Rosario.

—Los dos estábamos a favor de la justicia social, pero él elige entrar al ERP y aceptar la posibilidad de entregar la vida en el caso que fuese necesario
—recuerda su hermano Daniel.

Y recuerda, también, que discutían mucho cada acción del partido, sobre todo, cuando morían personas ajenas. Daniel no estaba de acuerdo con eso y todo el tiempo le argumentaba que la violencia no era el camino: en verdad, recuerda, lo que no quería era perder a su hermano.

Unos meses después de llegar a Rosario, cuando comenzó marzo, fue a la Facultad y dejó todos sus datos para la inscripción en Abogacía.

En un Citroën rojo Marta y Jorge se dirigían a la pensión donde vivía él, en Suipacha 150, después de haber pasado juntos el fin de semana. Marta miró el reloj, iban a ser las 11 de la noche del domingo 15 de mayo de 1977. Como su hermana Graciela había viajado a Paraná, le había dejado las llaves de su departamento para que fuese allí con Jorge. Ahora, se trasladaban hasta la pensión para despedirse y regresar al hogar a devolverle el coche a su papá.

El comando los esperaba desde temprano en la tarde así que habían tenido tiempo suficiente para vaciar la habitación. En un bar ubicado en la esquina, un grupo de amigos charlaba y tomaba café en una mesa. A través del vidrio, distinguieron tres autos Falcon en las esquinas de la cuadra donde estaba la pensión de Jorge. Uno comentó que los autos llevaban un tiempo estacionados con personas arriba. Los amigos vieron llegar el Citroën. Creyeron distinguir entre las sombras a Jorge y su novia que ingresa-



ban a la pensión. Confirmaron, con terror, que los Falcon avanzaban hacia la mitad de la cuadra, desde las dos esquinas.

—¡Me secuestran! ¡Soy Jorge Barrantes! –se escuchó.

Se los llevaron, después de golpearlos, juntos con el Citroën, envueltos en una sábana.

Al día siguiente, el papá de Marta amaneció con la sorpresa de que su hija no le había devuelto el auto: nunca antes se había demorado. Llamó, entonces, a Graciela a su trabajo:

—Marta no vino anoche –le dijo.

Pensaron que había tenido un accidente. Como no tenía el teléfono de la pensión, Graciela llamó al Hospital donde trabajaba Daniel, el hermano de Jorge.

«¡Uy! ¡Qué macana!», algo así recuerda Graciela que dijo Daniel. Y también dijo que iba a llamar a la pensión para averiguar. Lo que más le sorprendió a ella fue, precisamente, que él no se hubiera sorprendido. Con el tiempo pensó que él ya suponía lo que había pasado.

La dueña de la pensión les contó.

Esa misma semana, Graciela y Liliana van a la Jefatura de Policía, edificio donde hoy funciona la Gobernación de Santa Fe, a preguntar si sabían algo de ellos, si alguien había visto, al menos, entrar un Citroën aquel domingo.

Volvieron, esperanzadas, a su casa, donde su papá estaba reunido con el padre de Jorge, al que acababa de conocer.

—Dicen que sí vieron entrar el auto el domingo. Posiblemente, nos van a ir diciendo cosas de a poco hasta que los liberen –recuerda Graciela que les dijo aquel día.

La búsqueda siguió, por mucho tiempo.

—Fuimos también al Comando de Ejército, en Moreno y Córdoba, a preguntar una, diez, mil veces. Nunca nos dijeron nada –recuerda Graciela.

En esa esquina, donde hoy está el Museo de la Memoria, un grupo de militares definía la vida y la muerte de cientos de personas.

El papá de las gemelas peleó hasta no poder más. Estaba convencido de que su hija estaba viva y de que, si hacía alguna denuncia, la iban a matar. Graciela no pensaba lo mismo, pero no se lo decía, por respeto. Tres años después él enfermó de cáncer y murió.

La familia de Jorge también inició su búsqueda: dependencias policiales y de Ejército, cartas al Ministerio del Interior, abogados que se rehusaban a tomar el caso, Hábeas Corpus, vergüenza. Hicieron todo en soledad porque sentían, como

la idiosincrasia de la mayoría de la gente se los dictaba, que el que se metía en los organismos de Derechos Humanos era un comunista. Por supuesto, los comunistas eran los feos, sucios y malos que no merecían defensa.

—Nos movíamos casi en secreto. La sensación en la sociedad era la del «algo habrán hecho», entonces las familias que habíamos sufrido alguna desaparición, éramos discriminadas por el resto y hasta sentíamos algo de culpa –recuerda el hermano de Jorge. Barrantes también recuerda haberse sentido acusado por la familia de Marta aquel día en que se reunieron para ver qué reclamos conjuntos podían hacer. Dijo, sin rodeos, que Jorge militaba en el ERP. La familia de Marta lo increpó.

—Me hicieron sentir que Marta había desaparecido a causa de andar de novio con mi hermano y que, en última instancia, era culpa de mi familia. Pero yo los entendí, perfectamente.

Un señor barre las hojas que el otoño dejó en el parque de la Escuela Virgen del Rosario. Es cerca del mediodía y los alumnos van saliendo dentro de sus uniformes bordó oscuro ¿Sabrán ellos que un sacerdote llamado Héctor García trabajó aquí durante la dictadura cuando la escuela se llamaba Santa Unión? ¿Y creerían, si alguien se los dice, que esa persona recibía a los familiares de desaparecidos y, con la mayor de las perversidades, les inventaba historias para mantenerlos sosegados?

—Mi papá, cuando todavía vivía, iba al Obispo, hacía largas colas y volvía totalmente esperanzado. Este cura les decía que no hicieran nada, que su hija trabajaba pasando cosas a máquina y les inventaba una fecha en la que la iban a sacar —cuenta Graciela—. Yo no tenía derecho a decirle a mi papá que era mentira. Él necesitaba creerlo.

Un día cualquiera Graciela ve al cura por calle y corre, a los gritos, a interceptarlo.

—¡A mi papá y a mis tías mientales, a ellos sí mientales, porque son personas grandes, pero a mí dígame la verdad! ¡Por favor, por favor, dígame la verdad! —le suplicó Graciela.

Incómodo, Héctor García, miró hacia la calle, vio venir un taxi, le hizo señas y se subió al auto sin decir palabra.

El destino los volvió a cruzar en una situación inesperada: Graciela iba a convertirse en madrina de un niño llamado Fernando, y le tocaba, entonces, cargarlo en brazos durante el bautismo.

—Cuando estaba con Fernandito en brazos lo veo venir para bautizarlo. Primero pensé en irme, después me dije que me la iba a bancar y que cuando terminase la ceremonia iba a gritar «¡ojalá que este fiel no sea como usted!» —recuerda.

El acto de condena pública no llegó. El cura la vio y, reconociéndola, dio media vuelta, se fue y mandó a otro en su lugar.

En Suipacha 150, un cartel luminoso y austero informa: «Hotel Parque». Hoy también es 15 de mayo, pero 36 años han pasado en el medio. La pensión de donde Marta y Jorge fueron arrancados se ha convertido en un pequeño hotel que, gracias a la advertencia de las letras luminosas, no se confunde con una casa familiar como cualquier otra.

La vivienda tiene dos pisos y un garage. En el techo, curiosamente, hay una escalera metálica, fija, que no conecta con nada. Va hacia el cielo o hacia el vacío o hacia la nada.

No hay, casi, edificios en esta cuadra, sólo casas bajas y algunos –pocos– comercios. En la esquina con Salta funciona el «Suipacha Pool», un bar de dos plantas, con su famoso –y enorme– cartel de bochas lumínicas que giran sobre sí, incansables, llamando la atención de los transeúntes. Diagonal a éste, en una casona antigua pintada de colores crema y marrón oscuro, con toldos sobre los amplios ventanales, funciona un café tradicional.

Ocupa toda la esquina. Adentro luce nuevo y arreglado, afuera algunas malezas se colaron entre las grietas de las molduras y crecieron, insistentes.

Me pregunto si será el mismo bar en el que los amigos de Daniel Barrantes, el hermano de Jorge, vieron llegar a los Falcons verdes, y vieron llegar al Citroën, y vieron pasar las sábanas. Pienso que sí. Afuera, al lado de la puerta de ingreso, un pizarrón ofrece, con tizas, el menú del día. Cuesta 33 pesos con bebida, postre o café.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Julia Comba

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



